

Instituto de Investigaciones Gino Germani

VI Jornadas de Jóvenes Investigadores

10, 11 y 12 de noviembre de 2011

**Nombre y Apellido: Sebastián Lacunza, Emiliano Mansilla, Nicolás Israel,
Osvaldo Beker**

**Afiliación institucional: Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de
Buenos Aires**

Correo electrónico: obeker@hotmail.com

Eje problemático: Espacio, Tiempo y Territorio

**Título de la ponencia: “La Ciudad, el Tiempo, el Texto: aproximaciones a la
Crónica Urbana”**

“Al transitar por la ciudad, se revela otra ciudad interior, otras imágenes urbanas se van levantando en la memoria: transcurrimos en un espacio real mientras fundamos otro imaginario: el fino tejido de las representaciones y sus actos.”

(Fernando Vizcarra¹)

El presente trabajo forma parte de una investigación que estudia las estrategias discursivas empleadas en la redacción de crónicas urbanas en el Taller de Escritura de la carrera de Ciencias de la Comunicación Social de la Universidad de Buenos Aires. La crónica urbana, género transdiscursivo y multifacético, no posee una conceptualización formal determinada. Varios autores la han definido con imágenes vinculadas con la temporalidad y la territorialidad. “La crónica (...) está sometida al devenir histórico y sus características se modifican en estrecha relación con cada coyuntura histórica”². El territorio urbano es visto, desde una perspectiva de naturaleza semiológica, como un texto a descifrar, como “una escritura, una inscripción del hombre en el espacio”³. Nuestra propuesta es verificar de qué modo ocurren (en el caso de las producciones de estudiantes) esas problematizaciones que están ligadas al concepto de cultura que manejan los sujetos cronistas y a una intencionalidad política, pues este género puede funcionar tanto como un contradiscurso que busque abrirse camino hasta la narración de y desde las identidades marginales invisibilizadas en el discurso oficial, o como reproductor y legitimador del discurso hegemónico.

¹ Vizcarra, 1996.

² Montes, 2007.

³ Barthes, 2001.

En las grandes ciudades, la vasta extensión, el mar de construcciones, el campo de luminarias que se percibe desde lo alto desbordan toponimias y mapas políticos, e invitan a Juan Villoro a detectar en el Distrito Federal de México una megalópolis que “no es nuestra, somos de ella. Pero elegimos la palabra que la nombra y practicamos a diario el desafío de la apropiación”⁴. Tanius Karam ve en la capital mexicana una “entidad siempre palpitante en los límites de lo que se puede sobrevivir”⁵. En su texto, Villoro apela al escritor francés André Pieyre de Mandiargues, quien confesara ante Jorge Luis Borges la sensación de “vértigo horizontal” que le producía la ausencia de “orillas visibles” de la pampa argentina. “La ciudad de México ha crecido para merecer la misma metáfora. Al modo de la pampa, se extiende más allá de todo límite apreciable y privilegia la expansión horizontal”. Aparece también citado por Villoro en la misma exposición el italiano Claudio Magris, quien solo en la ciudad de México tuvo la sensación de que “podía perderse para siempre”. Esta desorientación proviene no solo de la vastedad del espacio sino de la ausencia de edificios, peñascos, orillas de agua, puentes, puntos para fijar la vista”. El DF mexicano y la CF argentina comparten ciertas identidades, algunas de las cuales vienen dadas por su condición de megaciudades, entre un mar de diferencias. Veamos cómo emerge esta percepción de la infinitud urbana en el caso de Buenos Aires en una relación especular con lo que sería su opuesto, la naturaleza, en el trabajo de un alumno. No se trata en este caso de la llanura bonaerense que oprimía al francés sino de una “jungla”, como se titula el texto. “¿Quién habrá separado al hombre de la naturaleza?... Si el hombre fue parte, aunque sea una vez, por un instante, de la naturaleza, todavía lo es. Parece ser que el problema radica en la imposibilidad del hombre de reconocer que la jungla de cemento no es más que cualquier otra jungla”⁶.

En otro comienzo reflexivo, otro alumno escribió en su crónica “El barrio autónomo Lave Rap” el contraste entre quienes amanecen de cara a la naturaleza y los porteños. “Nosotros, en cambio, despertamos en un laberinto de cemento, mirándonos los unos a los otros, llegando desesperados a destinos eventuales y contingentes. Autos, colectivos, peleas, gritos, marcas, bocinas, luces, humo, ruido, todo se nos impregna en cada poro y nos convierte en verdaderos bichos de ciudad”. México y Buenos Aires comparten otros rasgos, algunos llamativos. Ambas ciudades eligieron por primera vez sus alcaldes por voto popular en la segunda mitad de los '90, y alguien fantaseó alguna vez, aquí y allá, con trasladar sendas capitales a Querétaro y Viedma. En el plano lingüístico, no existe gentilicio que identifique a

⁴ Villoro, 2008.

⁵ Karam, 2004.

⁶ Los fragmentos correspondientes a los estudiantes en ciertos casos han sido ligeramente modificados en lo que respecta a la forma.

sus habitantes. Quienes viven en el Estado de México son mexiquenses, y los que habitan la provincia de Buenos Aires, bonaerenses, pero los diccionarios no anotaron una palabra oficial para los que pueblan estas ciudades autónomas. Claro que, especialmente en el interior de ambos países, mexicanos y argentinos supieron llenar ese vacío normativo con adjetivos contundentes: chilangos y porteños. En grados diversos, el DF y la CF sufren normas edilicias que no combaten el caos sino que lo fomentan, entre un largo listado de pesares propios de la gloria de ser primera y tercera ciudades de Latinoamérica. En su exposición, Villoro da cuenta del gusto especial de los chilangos por los “apodosos ultrajantes: Detritus Federal, El De eFecutuoso, Chilangópolis”⁷. Sobrevuela el desafío cotidiano de superar el Apocalipsis. Carlos Monsiváis así lo explica: “Para muchos, el mayor encanto de la capital de la República Mexicana es su (verdadera y falsa) condición apocalíptica”.⁸ Karam apela a la idea de Monsiváis para abundar: “Es la ciudad que vive la inminencia del desastre, de las ruinas, de los temblores, de la inseguridad, de la impunidad. La ciudad con su signo de Apocalipsis la habitan quienes, a través de su conducta sedentaria, se manifiestan como optimistas radicales. A la actitud apocalíptica, se suma una más, la ciudad post-apocalíptica: lo peor ya ocurrió”.⁹

Ciudades las nuestras de vértigo, riesgos y muchedumbres. En el texto de otro estudiante aparece un protagonista de un presente apocalíptico en un subte de Buenos Aires: “Las puertas se abren y baja. Camina hacia la escalera inmerso en una multitud homogénea y calurosa. Intenta evitar el contacto, pero fracasa. El traje se le impregna de los olores subterráneos. Siente algo parecido al asco. Llega a la escalera y sube tratando de abrirse paso. Piensa lo mismo que todos los días: ‘pobre gente. Son como vacas yendo al matadero’”. Algunos salen del subte para ir al matadero y otros pueblan los vagones como vacas ya ajusticiadas. Dhan Zunino da cuenta en su artículo “Cortázar y los subtes. Juegos de espacios y tiempos en los subterráneos de Buenos Aires”¹⁰, que el autor fallecido en 1984, en su “Texto en una libreta”, indaga sobre el dato estadístico de que emergen menos personas que las que se sumergen en el metro de Buenos Aires. El observador del cuento de Cortázar comenta: “Me sorprendía irónicamente mirando a la gente que me rodeaba en los asientos o se colgaba de las manijas de cuero como reses en los ganchos”. Un alumno encuentra una escena afín en cuerpo de otro pasajero, pero sobre la superficie, en un colectivo de la línea 55, a quien narra en primera persona: “El sinfín de cuerpos oprimidos los unos contra los otros me miraba con repugnancia. No les hice caso. Un vaho hediondo, a axila sudada, me hizo

⁷ Villoro, op. cit.

⁸ Monsiváis, 1995.

⁹ Karam, op. cit.

¹⁰ Zunino, 2005.

virar la mirada y me perdí en la parafernalia de adornos que Beto había colgado a todos los lados de su trono”.

Otra alumna nos ubica en el terreno de la profecía apocalíptica desde el propio título de su crónica: “Infierno en la línea 168”. Son perceptibles, sin embargo, formas de contarse de Buenos Aires y México DF que abrevan en imaginarios distintos. Los músicos de Buenos Aires han dado cuenta de una admiración elocuente hacia una ciudad que los apropia e inspira por sus “misterios”. Camina por las calles de Buenos Aires una pasión que encuentra marcas en la literatura, las baladas, el tango y todas las artes. También en sus clichés, algunos de los cuales no esconden complejos: La reina del Plata, la ciudad que nunca duerme, la París de Sudamérica. El habla coloquial aporta Baires, Bi Ei, la Capi o la city porteña. Un alumno, en su trabajo sin título, transita una postal porteña: “Llega hasta Corrientes por Callao y se siente bien. Recuerda un tango muy cantado, ese de la luna rodando, etc., y sigue su camino. Corrientes estrena luces y, nobleza obliga, la embellecen aun más. Son unos focos halógenos, una luz rara que brinda un aspecto moderno y algo ensombrecido, es el tipo de efecto visual que hace babear a tanto ‘ciudadano de bien con olor a Republicueta’...”. En la crónica de otro estudiante aparece una estrella: Corrientes. Esa avenida, cantada, escrita, fotografiada y caminada por siempre, será mencionada por cinco alumnos a los que se les dio la consigna de escribir una “crónica urbana”, sobre un corpus de quince trabajos analizados.

En el corpus con el que trabajamos en la investigación, notamos una gran reiteración de los medios de transporte como espacio físico en el que se desarrolla la crónica. Es decir, se configura la elección voluntaria de los estudiantes de que éstos sean el escenario de observación. Lo relevante, en este punto, no es aquello que se narra en la crónica sino el hecho de que el telón de fondo, el único rasgo persistente, es la circulación de los cuerpos en el espacio. El estudiante debe escribir una crónica urbana. Debe detenerse a pensar su ciudad, a interrogarse sobre ella. Y la mayoría elige ejercitar su mirada de cronista, minuciosa, crítica, sensible, para desnaturalizar lo que sucede en un medio de transporte. La crónica, que desde su propia etimología afirma lo temporal como su condición determinante, sufre aquí una suerte de inversión en la que la sucesión temporal es variable y secundaria, y la circulación en el espacio, podríamos decir la *sucesión espacial*, pasa a ser la variable que predomina. En caso de que la historia narrada en la crónica no sea producto de una planificación previa sino del azar o del recuerdo, sigue habiendo, en alguna instancia, una elección que asocia directamente ciudad y circulación, que elige la circulación como condición de narración de la ciudad. La ciudad se representa en y desde la circulación a través de los relatos que “dan

cuenta de las formas de percepción, de apropiación y de vivir”¹¹. Esto apoya la idea de Jesús Martín-Barbero cuando dice que “la comunicación que hegemoniza hoy la planificación de las ciudades es la del flujo: de vehículos, personas e informaciones. Todo ligado a una sola matriz a la vez teórica y operativa: la circulación constante”¹². En esta coyuntura histórica de “expansión horizontal”¹³ de las megalópolis, de éstas como “incesantes orillas carentes de referencias”, en la que el principio rector ya no es, como en la modernidad, edificar, la circulación se convierte en un rasgo de época. De esta manera, “en cualquier dirección, el movimiento parece crear su propio espacio y las nociones de proximidad o lejanía pierden su sentido habitual”¹⁴. En estos medios de transporte, figuras representativas del anonimato que caracteriza a nuestras grandes ciudades, los estudiantes encuentran en la crónica urbana la posibilidad de encontrar otros caminos, de resaltar historias, crear personajes, establecer empatías. La representación constante del espacio urbano en las crónicas de los estudiantes como espacio agresivo, violento, intransitable, sumado a la recurrencia de los medios de transporte como escenario, es coherente con el fenómeno contemporáneo de des-urbanización descrito por Martín-Barbero, en tanto este indica “la reducción progresiva de la ciudad que es realmente usada por los ciudadanos”¹⁵.

El shopping, espacio emblemático de nuestra contemporaneidad vinculado a la desterritorialización, que la autora puertorriqueña Silvia Álvarez Curbelo define como un “twilight zone que nos protege de la ciudad, en donde lo privado aparece disfrazado como un lugar público sin sus riesgos pero tampoco con sus compromisos o posibilidades democráticas”¹⁶, no aparece como tal en ninguna de las crónicas analizadas. Sin embargo, en una de ellas surge en una versión distinta: “domingo de compras en Barracas. A las nueve de la mañana despiertos para caminar esa cuadra y media que nos lleva al shopping de nuestro barrio: La Feria. Lo normal es ver a la gente caminando todas hacia el mismo lado para luego encontrarse en alguna parte de la misma. Lo gracioso de la situación es que es algo especial, es un día esperado. Yo creo que hasta uno se viste un poquito más lindo para ir hasta allá”. Y luego continúa: “¡Ah! ¡Y uno se encuentra hasta gente de otros barrios!... Lo cual siempre me

¹¹ Reguillo, 2001.

¹² Martín-Barbero, 2004.

¹³ Villoro, 2008.

¹⁴ Villoro, op. cit.

¹⁵ Martín-Barbero, op. cit.

¹⁶ Álvarez Curbelo, 2005.

sorprendió y me hizo pensar: ‘¿tan importante es mi feria que se toman el trabajo de venir en colectivo desde otros lugares?’... Sí, sé que utilicé el posesivo “mi” en la oración. Pero no soy la única, mi “mi” está en la boca de cada persona de Barracas, es el “mi” de mi vecina de al lado, de la de en frente, de la de SudAmérica, la de Arata, todos decimos “mi” feria. Supongo que porque así la sentimos. Como dije antes es especial, y uno se alista para ir a ella, como lo haría para salir de paseo.” Notamos aquí una resignificación de la idea de shopping, que pasa de baluarte de la arquitectura vaciada de significado a espacio común, compartido, vivo – lugar denso, en sentido antropológico, contrapuesto al no-lugar conceptualizado por el antropólogo Augé, en tanto espacio en que los individuos son “liberados” de toda carga de identidad interpeladora y exigidos únicamente de interacción con textos–. La feria se muestra como un anclaje de identidad territorial, como una experiencia de cohesión y encuentro barrial. Sin embargo, existe una celebración al respecto que la ubica en un rincón, que la convierte en paréntesis, que señala la desnaturalización del compartir la ciudad, vivirla, construirla y significarla colectivamente. La *experiencia barrial* es una situación “especial” en la que uno “hasta se viste más lindo para ir hasta allá”.

En cuanto al vínculo entre temporalidad, ciudad y acción política, encontramos un caso interesante en la crónica de una estudiante que escribe sobre algo llamado “flashmob”: “Los autos ya no circulaban, la multitud marcaba el paso y el aire tardaba en llegar. En la calle se levantaba polvo, los papeles caían, y la luz se apagaba sin titilar.” La secuencia discursiva descriptiva está presente en el arranque de este fragmento no sin dejar de mencionar ciertos elementos *sine qua non* del espacio citadino. Más adelante, el texto del estudiante da paso a una secuencia dialogal: ‘¿Te llegó la invitación? Se la mandé a todos mis amigos. Sí, y lo escribí en Twitter y Nico también lo ‘retwiteó’, así que despreocupate. Yo me sumé por el ‘Face’, vi que un amigo asistía y le sugerí a los míos que vinieran. Somos bastantes. Armé una cadena de SMS para todos, seguro te llegó. Y aquí estamos. Respuesta instantánea, interacción directa, bidireccional, un alcance masivo y viral. Le dicen *flashmob* a esto.” En este instante, estamos enfrente de un planteo lúdico de ciertos significantes anglófonos que se instalan de manera casi automática en cualquier latitud más allá de la lengua que se hable en ese lugar. “¿En serio? Sí. F-L-A-S-H-M-O-B. Ya lo escribí en Google y Wikipedia dice que es ‘una acción organizada en la que un gran grupo de personas se reúnen de repente en un lugar público...’. Se escuchaba el golpeteo del bombo que resonaba, el aplauso ininterrumpido de quienes hablaban, decían algo, reclamaban. Una multitud con un mismo objetivo: que la escuchen. Hace dos horas, la ciudad estaba vacía. El Congreso trabajaba, pero tranquilo y despacio. Se acercaron grupos que murmuraban sobre lo que

habían escuchado y de lo que podía llegar a pasar.” Llama la atención la mención a ciertos espacios urbanos, pero concretos. Porque es un fragmento de una crónica urbana que rescata la división entre lo real y lo virtual. Por último, el alumno escribió: “Los usuarios armaron el evento en Facebook. La respuesta: no, sí, tal vez asista. Crearon una comunidad *online*, como la de ahora, ¿se le dice así, no? A un grupo de personas que se interconecta con otras por un interés en común. (...) Apretaron *enter*, enviar, me gusta, comentar, escribir, y listo. Reemplazaron las remeras, los folletos, las banderas, los carteles y demás. Una red de internautas participativos enviando un mensaje recibido por otros usuarios que se enteraron de la idea y eligieron si les gustaba o no. A una persona le gusta esto. A 1.678 personas les gusta esto. A 10.000 les gusta esto sólo al cabo de unas horas”. Los *flashmobs* son modos de apropiación colectiva y efímera del espacio urbano, una forma de resistencia que se ajusta a la temporalidad y a la lógica de nuestras ciudades informacionales. Éstos pueden caer en la banalización del “me gusta” y la temporalidad del instante. Sin embargo, guardan al mismo tiempo una potencialidad disruptiva en tanto acción masiva que basa su efecto en el factor sorpresa, en su aparecer y desaparecer en un abrir y cerrar de ojos. Así pues, esto lleva a que el mensaje expresado sea claro, creativo y contundente, una acción que se plantea como un paréntesis cuestionador que nos detiene por un instante en nuestra circulación cotidiana, pero que se maneja bajo los mismos códigos de fragmentariedad y discontinuidad¹⁷ de nuestra experiencia urbana contemporánea a lo que Soja denomina “posmetrópolis”. Una acción de estas características nos habla también del territorio como un lugar, por decirlo de alguna manera, sin raíces.

A pesar de concordar con Roland Barthes que “en toda forma literaria existe la elección general de un tono (...) y es aquí donde el escritor se individualiza claramente porque se compromete”¹⁸, no nos es posible negar que la crítica es un componente inalienable del género de la crónica urbana. Alicia Montes, al realizar un análisis sobre este género, recurre a ciertas definiciones de otros autores: “para uno de sus escritores más importantes el portorriqueño Edgardo Rodríguez Juliá la crónica es ‘una manera de ir a la calle, de dar testimonio directo’; (...) para el escritor neobarroco y performer chileno Pedro Lemebel, una ‘escritura a la intemperie’ y un ‘calidoscopio oscilante’; para la antropóloga mexicana Rossana Reguillo, el ‘testimonio del desasosiego latinoamericano’; (...) para el cronista Carlos Monsiváis, ‘la intensidad prosística, el humor, la fantasía y el desmadre’; para la

¹⁷ Soja, 2000.

¹⁸ Barthes, 1997.

crítica Graciela Falbo, una ‘escritura en tránsito’ y una ‘*rara avis*’; para la cronista Anadeli Bencomo, una ‘escritura transgenérica de la violencia’; para el crítico Juan Poblete, una ‘narrativa de la urgencia’ (...). Montes agrega luego que “la crítica cultural estadounidense ha sostenido que la especificidad de este tipo de discursos no está sólo en la escenificación de las relaciones de poder sino en la posición central y ejemplar que le da a la voz del subalterno, desde el momento en que expresa la resistencia frente al poder hegemónico y habla desde y por una clase social silenciada para de construir la historia oficial y proponer otra, oculta y reprimida”¹⁹. Nosotros nos permitimos incluir en este recorrido a María Moreno quien al remontar la “biografía de la crónica” recoge que “al principio, las crónicas no tienen público, son necesidades literarias para transmitir a las próximas generaciones, autofiguraciones de una experiencia que se juzga inédita (...)”²⁰; a Martín Caparrós, quien considera que “es tener un punto de partida para generar el efecto de que una manera de mirar el mundo puede funcionar en otro”²¹; y finalmente a Damián Tabarovsky que sentencia que “el encanto de la crónica reside en su resistencia a convertirse en un género mayor. Mantenerse como una escritura lateral, descentrada, instituyente, es la condición necesaria para que la crónica siga teniendo algo interesante para decir (...)”²². Una interesante coincidencia con la bibliografía reseñada ha sido la verificación de una premisa de Tanius Karam: “una tendencia recurrente en el tratamiento de la ciudad y la crónica, (...) encontramos una especie de *ciudad-nostalgia*”²³ ya que esta temática fue una de las más observada en las crónicas de los alumnos. Una cita común en estos casos es la comparación con la ciudad de antaño, marcando el déficit de la contemporánea: “No hay clubes sociales, bodegones, rinconcitos, personajes”. Sin embargo, la nostalgia no sólo puede ser expresada de esta manera, también se trasluce en meras críticas a la sociedad actual, a la modernidad, a las nuevas tecnologías u otras de las características de la sociedad actual: “Julián siempre veía el mismo espectáculo, gente corriendo de allá para acá, apurados, sin tiempo”; “(...) a aquellos que maniobran de la manera que sea o que más les convenga, todo por conseguir un fin, tal vez una ventaja”.

Nos gustaría ir concluyendo con la referencia al pasaje de un lúcido artículo en el que Iglesias Sánchez sostiene que “la arquitectura y la ciudad, mas allá de considerarse como

¹⁹ Montes, 2009.

²⁰ Moreno, 2005.

²¹ Moreno, 2010.

²² Tabarovsky, 2010.

²³ Karam, 2004.

fenómenos separados entre sí, conviven y dialogan sobre sí mismos ante sus moradores, construyen y producen un proceso continuo de significación y de comunicación que trasciende y resulta difícilmente agotable en una única lectura”²⁴. Esto es algo que verificamos constantemente en el corpus de crónicas urbanas redactadas por los estudiantes. Es decir: de manera sintomática aparecen estos “diálogos” que se entablan entre los sujetos que merodean, que pasean, que transitan, que circulan, que cruzan, el espacio urbano, con las diversas construcciones ante las que se van topando en sus recorridos. Bien vale señalar que, previamente a la confección de sus propios textos aparece, eventualmente, esta observación que tiene que ver con la articulación entre los sujetos representados y la contextualización témporo-espacial correspondiente. Esta práctica es llevada adelante en el marco de la lectura de textos modélicos de distintos autores. Veamos el modo de articulación existente entre los individuos y los entornos edilicios que aparecen a la mirada: “A simple vista es notable que la dirección hacia la que cada uno se orienta no es la misma. En cambio, el reloj sólo avanza en un solo sentido y con certera continuidad. Como lo demuestra aquél que está ubicado en majestuosa torre.” La Torre de los Ingleses es la construcción arquitectónica que aparece sugerida en este fragmento de la estudiante. Es interesante dar cuenta de esa estrategia discursiva que consiste en la alusión indirecta, en la mención a través de rodeos, circunloquios. No hace falta brindar toda la información de una sola vez sino que es más poético, acaso, instalar este legítimo recurso perifrástico de modo tal que sea el lector quien lleve adelante los procesos de decodificación necesarios, siempre y cuando posea los suficientes indicios y las competencias como para ejercitar la deducción. Veamos otro caso similar: “Cruzó trotando Corrientes y se arrellanó en esa suerte de boulevard techado y atiborrado de puestitos, pancherías y bocas de subte; ese que se ensambla con la estación Lacroze y el Cementerio.” Iglesias Sánchez afirma que una crónica urbana representa “no sólo los edificios o monumentos ya perfilados oficialmente dentro de los bienes culturales del patrimonio de la localidad, sino también aquellos espacios urbanos que se catalogan en la cotidianidad por parte de un solo habitante o de la colectividad”. Pues bien, en el último fragmento del estudiante, ese que hace referencia a los “puestitos”, a las “pancherías”, notamos que se ha ejercido entonces una de las estrategias que en las clases se suelen recomendar y que está vinculada con la sugerencia de que se construyan tanto los espacios públicos reconocibles, icónicos, representativos e insoslayables, como aquellos pequeños sitios transitados por muchos pero configurados en pocas ocasiones. He aquí el trabajo del

²⁴ Iglesias Sánchez, 2008.

cronista: el aguzamiento del ojo en aquello que sea del nivel de “lo micro”, de lo que aparenta ser imperceptible en una primera mirada pero que se convierte en constitutivo de los individuos que al fin y al cabo ocupan todos los días un espacio urbano determinado.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Álvarez Curbelo, Silvia (2005). *Un país del porvenir: el afán de modernidad en Puerto Rico*. San Juan: Siglo XIX.

Barthes, Roland (2001). *El grado cero de la escritura*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Iglesias Sánchez, Brenda (2008). “Crónica urbana, la experiencia de vivir en la ciudad” en Marco Córdova Montúfar (coordinador), *Lo urbano en su complejidad: una lectura desde América Latina*. Quito: Flacso.

Karam, Tanius (2004). “Representaciones de la ciudad de México en la crónica” en *Revista de investigación social*. Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

Martín-Barbero, Jesús (2004). “De la ciudad mediada a la ciudad virtual” en *The Communication Initiative Network*, en www.innovarium.com/culturaurbana

Monsiváis, Carlos (2003). “El vigor de la agonía: la ciudad de México en los albores del siglo XXI” en Boris Muñoz y Silvia Spitta, editores, *Más allá de la ciudad letrada: Crónicas y espacios urbanos*, Pittsburgh: Biblioteca de América.

Montes, Alicia (2009). “Esto no es una pipa: la crónica urbana y el problema del género”. Ponencia presentada en el VII Congreso Internacional Orbis Tertius “Estados de la cuestión”, Universidad Nacional de La Plata.

Moreno, María (2005). “Escritores crónicos” en *Suplemento Radar*, 7 de Agosto de 2011, Buenos Aires: Página 12.

Moreno, María (2010). “Actuar la vaca” en *Revista Otra Parte*, Buenos Aires: Página 12.

Reguillo, Rossana (2003) “Textos fronterizos. La crónica, una escritura a la intemperie” en revista electrónica *Diálogos* de la Federación Latinoamericana de Facultades de Comunicación Social.

Soja, Edward (2000). *Postmetropolis. Critical Studies of Cities and Regions*. Oxford: Blackwell Publishers.

Tabarovsky, Damián (2010). *De la crónica diaria* en *Diario Perfil*, Buenos Aires: Perfil.

Villoro, Juan (2008). “El vértigo horizontal. La ciudad de México como discurso”. Conferencia dictada en la Embajada de México en Montevideo, Uruguay.

Vizcarra, Fernando (1996). “Las ciudades nómadas: notas sobre comunicación y cultura urbana” en *Revista Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, número 4, Universidad de Colima, México.

Zunino, Dhan (2005). “Cortázar y los subtes. Juegos de espacio y tiempos en los subterráneos de Buenos Aires” en *Revista Bifurcaciones*, Santiago de Chile.